

5-628

RUBÉN DARÍO

TRIBUTO DE CUBA

A SU MEMORIA

TOMO II

EL ARBOL
DEL REY DAVID

PROSAS RARAS RECOGIDAS
Y ORDENADAS POR EL

DR. REGINO E. BOTI

CORRESPONDIENTE DE LA
ACADEMIA DE LA HISTORIA

CON PROLOGO Y NOTA

PQ7519
.D3
A6
v. 2

1472

15628

A Alfonso Reyes,
de su colega
Reginald Bath

Guantánamo, Cuba, 12 de junio del 921.

EL ARBOL DEL REY DAVID

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

RUBÉN DARÍO

TRIBUTO DE CUBA A SU MEMORIA

TOMO II

EL ÁRBOL DEL REY DAVID

PROSAS RARAS RECOGIDAS Y ORDENADAS POR EL

DR. REGINO E. BOTI

CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

CON PRÓLOGO Y NOTA



1020101599

LA HABANA
IMPRESA 'EL SIGLO XX'
TENIENTE REY 27
1921

31955

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

PQ 7519

.D3

A6

v.2

TOMOS DE QUE CONSTARA
EL TRIBUTO

HIPSIPILAS, versos, publicado.
EL ARBOL DEL REY DAVID, prosa, publicado.
EL LIBRO DE LOS POETAS, prosa, preparado.
MARGENES, en preparación.
POLIANTEA, en preparación.

BREVES PALABRAS

BREVES PALABRAS

Como un ave audaz, en estos días abren sus alas las *Hipsipilas* que debieron publicarse en febrero próximo pasado, como fueron mis propósitos, para signar así en Cuba el cuarto aniversario de la muerte de su autor, Rubén Darío. El accidente fortuito de una huelga de tipógrafos retardó la edición.

Y sin una reserva mental por la suerte que pueda correr esa ave-libro bautizada por mí con la palabra *Hipsipilas*—patrimonio casi intocado del compositor de *La marcha triunfal*—completo y ordeno, entre el vértigo de los bajos menesteres de la política militante y el de los no más elevados de la profesión, los materiales de este segundo tomo del Tributo de Cuba a la memoria del poeta.

En el presente hay cuentos, cuentos hadaicos sin ser infantiles, de brillante malla y espiritual asunto, que—teniendo su guión en Catulle Mendes—son en Darío algo genuinamente suyo, aparte por completo del cuento fantástico a lo Edgard Poe tanto como del novelístico a lo Guy de Maupassant. Cuentos que más bien debieran llamarse fantasías, o—como apunta Luis Revert—cuentos de poeta.

Entre ellos *Febea* es uno de los más favorecidos por una larga reproducción desde que apareció sin duda por primera vez aquí, en *La Habana Literaria* del 30 de septiembre de 1892.

Seguidamente va un puñado de notas literarias, bosquejos y síntesis que a veces trató luego más ampliamente, más detenidamente, o que en ocasiones abandonó en estado de esquemas.

Entre las primeras están *En el mar* y *A la Argentina*, que más tarde amplificó en verso, usando, en cuanto a ésta, en una y otra ocasión el procedimiento retórico de letanía, ya de su gusto desde que escribió *La canción del oro*.

Fugitiva, como *Febea*, ha sido reproducida copiosamente entre nosotros; y lo que es más, ha circulado también con el título caprichoso *La actriz que pasa*, al igual que otras producciones de Darío que asimismo han sido trastocadas o truncas.

Abro esta segunda parte con el artículo *La tierra del quetzal*, tenido como su trabajo póstumo inconcluso, en prosa; y la cierro con el precioso artículo *De sobremesa*, escrito con todo el entusiasmo gracioso de un experto catador.

¿Usó Rubén Darío la nota jocosa? De lo que conozco de él, sólo en dos o tres escritos de no muy alto valor literario, y de como 28 o 30 años ha, he tropezado con rasgos evanescentes de jocosidad poco envidiable. Tentación de los años mozos quizás.

En cambio, nadie que sepa leer se habrá escandalizado de hallar en toda su obra y en las oportunidades queridas brotes de un humorismo individual, del que nos anticipa algo en *La ninfa* y otros cuentos de *Azul*...

He encontrado cuatro piezas que—teniendo en cuenta el fondo—no vacilo en clasificar de humoristas, y que constituyen una estimable novedad en la pluma de Darío, ya que el humorismo que estamos acostumbrados a sorber de sus frutos se destila de más celosas alquitaras y produce más sugerentes picazos.

Un sermón e *Historia de un sobretodo* se publicaron en la Habana durante el año 1892. *A poblá...!* es de 1912. *El último prólogo* parece más reciente. Lo leí por primera vez en 1913.

Puede decirse que los dos primeros son desconocidos por la actual generación. Y no dudo que muchos lectores de Enrique Gómez Carrillo se habrán sentido aguijados por la curiosidad al darse, llegando a *Las últimas visiones de mi tierra*, Capítulo XVI del Libro 1º de *Treinta años de mi vida*, con la vio-

lencia, ya incontenible desde páginas anteriores, que hay en los siguientes conceptos:

“Y también ha contado (Darío) la historia de un famoso gabán de invierno que me dió antes de marcharme, para que no me muriera de frío en el mes de diciembre de 1900 al llegar a Europa. La verdad es que si me “regaló”, en efecto, un abrigo, fué en cambio de los quinientos duros de sueldos que me debía...”

Guste ahora el acucioso de la *Historia de un sobretodo* y verá que no hay pábulo en sus palabras para la acritud verbal—post mortem—del autor de *El Modernismo*.

Y nada más.

REGINO E. BOTI

Guantánamo, Cuba, 9 de julio de 1920.

EL ÁRBOL DEL REY DAVID

I
CUENTOS

EL ÁRBOL DEL REY DAVID

EL ÁRBOL DEL REY DAVID

Un día—apenas había el viento del cielo inflamado en el mar infinito las velas de oro del bajel de la aurora—David, anciano, descendió por las gradas de su alcázar, entre leones de mármol, sonriente, augusto, apoyado en el hombro de rosa de la sulamita, la rubia Abisag, que, desde hacía tres noches, con su cándida y suprema virginidad calentaba el lecho real del soberano poeta.

Sedoc, el sacerdote que se dirigía al templo, se preguntó: ¿a dónde irá el amado señor?

Adonías, el ambicioso arrogante, de lejos, tras una arboleda, frunció el ceño al ver al rey y a la niña, al frescor de la mañana, encaminarse a un campo cercano donde abundaban los lirios y las azucenas.

Natán, profeta, que también los divisó, inclinóse profundamente y bendijo a Jehová extendiendo los brazos de manera sacerdotal.

Reihí, Cemesí y Benais, hijos de Joiada, se postraron y dijeron: ¡Luz y paz al sagrado pastor!

David y Abisag penetraron a un soto, que hubiera podido ser un jardín, y en donde se oían arrullos de palomas bajo los boscajes.

*

Era la victoria de la primavera, y la tierra y el cielo se juntaban en una dulce y luminosa unión. Arriba, el sol espléndido y

triumfal; abajo, el despertamiento del mundo, la melodiosa fronda, el perfume, los himnos del bosque, las algaradas jocosas de los pájaros, la diana universal, la gloriosa armonía de la naturaleza.

Abisag tenía la mirada fija en los ojos de su señor. ¿Meditaba, quizá, en algún salmo el omnipotente príncipe del arpa?

Se detuvieron.

Luego, fué David al fondo de una trémula gruta de verdores eglógicos, no lejana, y retornó con una rosa en la diestra. Y poseído de temblor frenético:

—¡Oh mi tierna sulamita! exclamó. Plantemos hoy, bajo la mirada del eterno Dios, el árbol del infinito bien, cuya flor será la rosa mística del amor inmortal, al par que el lirio de la pureza vencedora y sublime. Nosotros le sembramos; tú, la inmaculada esposa del profeta viejo; yo, el que triunfé de Goliat con mi honda, de Saúl con mi melodía, y de la muerte con tu juventud.

Abisag le escuchaba como en un ensueño, como en ^{extasis} amorosamente místico; y el resplandor del día naciente confundía el oro de la cabellera de la virgen con la plata copiosa y luenga de la barba blanca.

Plantaron aquella rama que había de ser un árbol frondoso y centenario.

*

Tiempos después, en días del Rey Herodes, el carpintero José, hijo de Jacob, hijo de Mathan, hijo de Eleazar, hijo de Eliud, hijo de Achim, yendo un día al campo, cortó del árbol del santo rey lírico la vara que floreció en el templo, cuando los desposorios con María, la estrella, la perla de Dios, la madre de Jesús el Cristo.

1 Mathan RA
2 Achim RA

EL CUENTO DE LAS TRES REINAS

MAGAS

(EL CUENTO DE) LAS TRES REINAS MAGAS

I

—Señor—dije al fraile de las barbas blancas;—vos que sabéis tantas cosas, decidme si en algún viejo libro, o en algún empolvado centón, habéis leído algo que se refiera a las mujeres de los tres Reyes Magos que fueron a adorar a Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba, sonrosado y risueño niño, en el pesebre de Belén. Porque, de seguro, Gaspar, Melchor y Baltasar, deben de haber tenido sendas esposas.

—Es verdad—me contestó el religioso;—no he visto nunca, en venerable biblioteca o vetusto archivo, nada que se refiera al objeto de tu pregunta. Es casi seguro que hayan tenido, no solamente una esposa, sino muchas esposas; pues eran paganos, o idólatras, o adoradores de dioses que, como representaciones del Maligno, aprobaban la poligamia. Mas nada sé sobre el particular, y no he leído jamás texto que con tal asunto tenga relación.

Consulté a otros sabios y estudiosos y me convencí de que nada podría averiguar al respecto. Mas vi que iba por el camino de la Vida—muy al principio,—un joven de larga cabellera y ojos en que se reflejaba el misterio del cielo y de la tierra,—un poeta—y recordé que los poetas suelen saber más cosas que los sabios.

—Abandona—me dijo el creador de armoniosos sueños,—el cuidado de esas vagas erudiciones y escucha el cuento de otras tres Reinas Magas, que han de estar, por cierto, más cerca de tu corazón.

II

Mi alma se llama Crista. En un pesebre nació, para ser coronada reina de martirio. Ella es hija de una virgen y un obrero, y la noche de su nacimiento danzaron y cantaron alrededor del pesebre cien pastores y pastoras. Una estrella apareció sobre el techo del pesebre de mi alma; y, a la luz de esa estrella, llegaron a visitar a la recién nacida tres Reinas Magas.

Venían desde países muy lejanos. La primera sobre una asna blanca, toda caparazonada de plata y perlas. La segunda sobre un unicornio. La tercera sobre un pavo real.

La recién nacida recibió sus homenajes. La primera le ofreció incienso. La segunda, oro. La tercera, mirra.

Hablaron las tres:

- Yo soy la reina de Jerusalén.
- Yo soy la reina de Ecbatana.
- Yo soy la reina de Amatunte.

III

—Reina de martirio, pues has de padecer mañana la cruel crucifixión, he aquí el incienso.

—Reina de martirio, pues has de padecer mañana la cruel coronación, he aquí el oro.

—Reina de martirio, pues has de padecer mañana la transfixión, he aquí la mirra.

Y el alma infanta contestó con una voz suave:

—Yo te saludo, reina de la Pureza!

—Yo te saludo, reina de la Gloria!

—Yo te saludo, reina del Amor!

Vosotras tres me traéis los más inapreciables regalos, de manera que entreveo, para mientras llega la hora de la fatalidad, tres paraísos que escoger.

En el primero, forma la nube aromada y sacra del incienso, un inmenso dombo, a través del cual se vislumbra el amor de los astros y las sonrisas arcangélicas. Allí imperan las Virtudes, ceñidas las blancas frentes de una luz paradisiaca. Los Tronos y las Dominaciones hacen percibir el brillo de sus incomparables magnificencias. Un místico són de salterios dice la paz poderosa del Padre, la sacrosanta magia del Hijo y el misterio sublime del Espíritu. Los lirios de divina nieve son las flores que en hechiceras vías lácteas cultivan y recogen las Vírgenes y los Bienaventurados.

En el segundo, el Oro forma un maravilloso palacio constelado de diamantes de triunfo; arcadas vastas se desenvuelven en una polvareda de sol. Allí pasan los grandes, los fuertes, ceñidas las cabezas de laureles de oro.

Allí crecen los antiguos laureles, y de las gigantescas columnas cuelgan coronas de roble y de laurel. Los más que hombres, se complacen en visiones augustas sobre horizontes inmensos. Revuelan familiares las águilas. Y sobre los pavimentos de incomparables pórfidos y ágatas, se desperezan en una imperial calma los leones. Suena de tanto en tanto un trueno de trompetas, y el viento sonoro hace ondear ilustres oriflamas y banderas de púrpura.

En el tercero, la mirra perfuma un suave ambiente en la más preciosa de las islas floridas. Es bajo un cielo azul y luminoso que baña de oro dulce glorietas encantadas y mágicos kioscos. Las rosas imperan en los jardines custodiadas de pavones, y los cisnes en los estanques especulares y en las fuentes. Si oís una música lejana, es de flautas, liras y cítaras, en lo secreto de los boscajes, de donde brotan también ruidos de besos, y ayes y risas.

Es el imperio de la mujer; es el país en donde la prodigiosa

carne femenina, al mostrarse en su pagana y natural desnudez, tiñe de rosa los enternecedores crepúsculos. Pasan bajo el palio celeste bandadas de tórtolas, y tras las arboledas vense cruzar formas blancas perseguidas por seres velludos de pies hendidos.

IV

—Pues has de sufrir, pues estás condenada inexorablemente, reina de martirio—dijo la reina de Jerusalén— ¿no es cierto que en el momento de tu ascensión preferirás el celeste paraíso del incienso?

Y el alma:

—¡Ay! en verdad que la parte más pura de mi sér tiende a tan mística mansión. Existe un diamante que se llama Fe, una perla que se llama Esperanza y un encendido rubí de amor que se llama Caridad. Tiemblo delante de la omnipotencia del Padre, me atrae la excelsitud del Hijo y me enciende la llama del Espíritu; mas...

—Ya sé—interrumpió la reina de Ecbatana;—por cierto que en el instante de tu ascensión preferirás el paraíso del oro...

Y el alma:

—¡Ay! en verdad que me domina el deseo de la riqueza, del dominante porvenir, de la fuerza. Nada hay más bello que imperar, y los mantos purpúreos, o de armiño, y los cetros y la supremacía, son absolutamente atractivos. Os juro que el grande Alejandro me hace pensar en Júpiter y que el són soberano de las trompas pone un heroico temblor en una parte de mi sér, pero...

La reina de Jerusalén suspiraba. La reina de Ecbatana sonreía. La reina de Amatunte dijo:

—Cruelles penas has de padecer; tu crucifixión será dolorosa y terrible; sufrirás las espinas, la hiel y el vinagre...

Y el alma infanta interrumpió a la reina:

—¡Yo seré contigo, Señora, en el paraíso de la mirra!...

PALIMPSESTO

PALIMPSESTO

Ciento veintinueve años habían pasado después de que Valeriano y Decio, crueles emperadores, mostraron la bárbara furia de sus persecuciones sacrificando a los hijos de Cristo; y sucedió que un día de claro azul, cerca de un arroyo en la Tebaida, se encontraron frente a frente un sátiro y un centauro.

(La existencia de estos dos seres está comprobada con testimonios de santos y sabios.)

Ambos iban sedientos bajo el claro del cielo, y apagaron su sed: el centauro, cogiendo el agua en el hueco de la mano; el sátiro, inclinándose sobre la linfa hasta sorberla.

Después hablaron de esta manera:

—No ha mucho—dijo el primero,—viniendo por el lado del Norte, he visto a un sér divino, quizá Júpiter mismo, bajo el disfraz de un bello anciano.

Sus ojos eran penetrantes y poderosos, su gran barba blanca le caía a la cintura; caminaba despaciosamente, apoyado en un tosco bordón. Al verme, se dirigió hacia mí, hizo un signo extraño con la diestra y sentí tan grande como si pudiese enviar a voluntad el rayo del Olimpo. No de otro modo quedé que si tuviese ante la mirada mía al padre de los dioses. Háblome en una lengua extraña, que, no obstante, comprendí. Buscaba una senda por mí ignorada, pero que sin saber cómo pude indicarle, obedeciendo a raro o desconocido poder.

Tal miedo sentí, que antes de que Júpiter siguiera su ca-

mino, corrí locamente por la vasta llanura, vientre a tierra y cabellera al aire.

—Ah!—exclamó el sátiro. ^{II} ¿Tú ignoras acaso que una aurora nueva abre ya las puertas del oriente, y que los dioses todos han caído delante de otro Dios más fuerte y más grande? El anciano que tú has visto no era Júpiter, no es ningún sér olímpico. Es un enviado del Dios nuevo.

Esta mañana, al salir el sol, estábamos en el monte cercano de los que aún quedan del antes inmenso ejército caprípedo.

Hemos clamado a los cuatro vientos llamando a Pan, y apenas el eco ha respondido a nuestra voz. Nuestras zampoñas no suenan ya como en los pasados días; y a través de las hojas y ramajes no hemos visto una sola ninfa de rosa y mármol vivos como las que eran antes nuestro encanto. La muerte nos persigue. Todos hemos tendido nuestros brazos velludos y hemos inclinado nuestras pobres testas cornudas pidiendo amparo al que se anuncia como único Dios inmortal.

Yo también he visto a ese anciano de la barba blanca, delante del cual has sentido el influjo de un desconocido poder. Ha pocas horas, en el vecino valle, encontré apoyado de un bordón murmurando plegarias, vestido de una áspera tela, ceñidos los riñones con una cuerda. Te juro que era más hermoso que Homero, que hablaba con los dioses y tenía también larga barba de nieve.

Yo tenía en mis manos a la sazón miel y dátiles. Ofrecíle y gustó de ellos como un mortal. Hablóme, y le comprendí sin saber su lenguaje. Quiso saber quién era yo, y díjele que enviado de mis compañeros en busca del gran Dios, y rogábale intercediese por nosotros.

Lloró de gozo el anciano, y sobre todas sus palabras y gemidos resonaba en mis oídos con armonía arcana esta palabra: ¡Cristo! Después levantó sus imprecaciones sobre Alejandría; y yo también como tú, temeroso, huí tan rápidamente como pueden ayudarme mis patas de cabra. ^{III}

Entonces el centauro sintió caer por su rostro lágrimas copiosas. Lloró por el viejo paganismo muerto; pero también, lleno de una fe recién nacida, lloró conmovido al apareamiento de una nueva luz.

Y mientras sus lágrimas caían sobre la tierra negra y fecunda, en la cueva de Pablo el ermitaño se saludaban en Cristo dos

cabelleras blancas, dos barbas canas, dos almas señaladas por el Señor. Y como Antonio refiriese al solitario su encuentro con los dos monstruos, y de qué manera llegase a su retiro del yermo, díjole el primero de los eremitas:

—En verdad, hermano, que ambos tendrán su premio; la mitad de ellos pertenece a las bestias, de las cuales cuida Dios solo; la otra mitad es del hombre, y la justicia eterna la premia o la castiga.

He aquí que la siringa, la flauta pagana, crecerá y aparecerá más tarde en los tubos de los órganos de las basílicas, por premio al sátiro que buscó a Dios; pues el centauro ha llorado mitad por los dioses antiguos de Grecia y mitad por la nueva fe, sentenciado será a correr mientras viva sobre el haz de la tierra, hasta que dé un salto portentoso, y, en virtud de sus lágrimas, ascienda al cielo azul para quedar para siempre luminoso en la maravilla de las constelaciones.

LA ADMIRABLE OCURRENCIA
DE FARRALS

LA ADMIRABLE OCURRENCIA DE FARRALS

“¡Oh, qué gran tipo este Farrals!” Todos los que le conocen dicen eso, y Farrals oye el elogio con un cierre de ojos y una sonrisa de complacencia.

Farrals es catalán y tiene muy bravas condiciones de su raza. Sobre todo, es intrépido para el negocio. Sólo que se pasa de bruto. Si lo fuese menos, tendría un rollizo capital y lo guardaría con mucho cuidado. Porque son historias eso de que se ha comido millón y medio con su difunta mujer. ¡Son historias! Por más que él diga que eso pasó en su juventud, ¡son historias!

Los que conocen a Farrals en París saben que desde hace más de treinta años no se dedica más que a la cotidiana caza del luis. Del luis, nada más que del luis. Si cae algo encima, tanto mejor. ¡Y ese algo suele caer, vaya si suele caer! como que el excelente Farrals, que es tan bruto, encuentra siempre, entre los hombres que busca, otro más bruto que él. II

¿Qué hace Farrals? Todo. Sabe cosas de boticario y ha inventado específicos misteriosos para lanzar los cuales ha buscado, en vano, un socio comanditario. Es medio dibujante, medio fotógrafo, medio comisionista, medio librero, medio panadero; y sobre todo, tiene un fino olfato para distinguir la “pera”, como dicen los parisienses, la pera hispano parlante. Pues Farrals, interesado en vagas hojas de publicidad, visita los hoteles en que se alojan ciertas gentes, y luego hace publicar retratos y

suelos que dicen: "Ha llegado a París el eminente chocolatero de Sinalva, don Fructuoso Mier, y su bella señora. Saludamos y deseamos grata permanencia a tan ilustres huéspedes." Y Farrals no ha perdido su luis. ^{III} Y si don Fructuoso no cae, caerá otro.

Farrals tiene un humor y ocurrencias singulares. Sucedió, pues, que hace algún tiempo, la mujer de Farrals, que le "guisaba bien las patatas", como él dice, y que estaba muy obesa, cayó enferma. Esto no alteró el modo de ser de nuestro personaje, que, al preguntarle cómo seguía su oíslo, no hacía más que contestar: "Inconvenientes, inconvenientes, inconvenientes!" Mala pécora de Farrals!

Farrals no cree en los médicos, y aunque creyera, ¿qué necesidad tiene de ellos, sabiendo como él sabe, según he dicho, muchas cosas de boticario? Así es que la mujer de Farrals (Dios, verdaderamente, la debe tener en gloria) tuvo que probar todo cuanto los conocimientos de su marido le administraron: bebedizos amargos, bebedizos dulces, bebedizos sospechosos y de todos colores.

—¿Cómo sigue su señora, Farrals?

—La tengo envuelta en unguentos.

La señora de Farrals, según supimos después los que teníamos noticias de su existencia, soportó con toda resignación los brebajes y las unturas. De obesa que era, se convirtió en un esqueleto. Y Farrals inventaba nuevos remedios y se los aplicaba con una tranquilidad temible. Pobre señora de Farrals! ^{IV}

Dejamos de ver a ese hombre extraordinario por algún tiempo.

Y aún poco se le advirtió en los hoteles y casas de hospedaje, en donde él daba constantemente caza a su luis consuetudinario.

—¿Qué será de Farrals?—nos decíamos.

Hace pocos días le divisé, más animado que nunca. Había aumentado de vientre, su cara parecía más ancha, y andaba, sobre el asfalto del bulevar, con más desembarazo que el acostumbrado.

—¡Farrals, cuánto tiempo sin verle!

—¡Vea usted la cinta negra de mi sombrero!—me dijo.—Pero se ha perdido!—agregó,—se ha perdido! A usted que le gusta tanto el buen bocado!

—¿Pero de qué, Farrals, de qué me he perdido?

—¡De las "côtelettes"! Hace dos días enterré a mi mujer. Fueron varios amigos al entierro. A la salida, les invité a un "bouilloncito" que conozco, por allí cerca. Y allí nos dieron unas "côtelettes" de chuparse los dedos. Se ha perdido, le digo, se ha perdido!

¡Demonio de Farrals!

FEBEA

FEBEA

Febea es la pantera de Nerón.

Suavemente doméstica, como un enorme gato real, se echa cerca del César neurótico, que le acaricia con su mano delicada y viciosa de andrógino corrompido.

Bosteza, y muestra la flexible y húmeda lengua, entre la doble fila de sus dientes finos y blancos. Come carne humana, y está acostumbrada a ver en la mansión siniestra del semidiós de la Roma decadente, tres cosas rojas: la sangre, la púrpura y las rosas.

Un día lleva a su presencia Nerón, a Leticia, nívea y joven virgen de una familia cristiana. Leticia tenía el más lindo rostro de quince años, las más adorables manos, finas, rosadas y pequeñas; ojos de una divina mirada azul; el cuerpo de un efebo que estuviese para transformarse en mujer, digno de un triunfante coro de exámetros, en una metamorfosis del poeta Ovidio.

*

Nerón tuvo un capricho por aquella mujer: deseó poseerla por medio de su arte, de su música y de su poesía. Muda, incommovible, serena en su casta blancura, la doncella oyó el canto del formidable *imperator* que se acompañaba con la lira; y cuando él, el artista del trono, hubo concluído su canto erótico y bien rimado, según las reglas de su maestro Séneca, advirtió

que su cautiva, la virgen de su deseo caprichoso, permanecía muda y cándida como un lirio, como una púdica vestal de mármol.

Entonces el César, lleno de despecho, llamó a Febea y le señaló la víctima de su venganza. La fuerte y soberbia pantera llegó, desperezándose, mostrando las uñas brillantes y filosas, abriendo, en un bostezo despacioso, sus anchas fauces, moviendo de un lado a otro la cola sedosa y rápida.

Y sucedió que dijo la bestia:

—¡Oh emperador admirable y potente! Tu voluntad es la de un inmortal; tu aspecto se asemeja al de Júpiter; tu frente está ceñida con el laurel glorioso; pero permite que hoy te haga saber dos cosas: que nunca mis zarpas se moverán contra una mujer que, como esta, derrama resplandores de estrella, y que tus versos, dácilos y pirriquios, te han resultado detestables.

LAS SIETE BASTARDAS DE APOLO

LAS SIETE BASTARDAS DE APOLO

[Las] siete figuras aparecieron cerca de mí. Todas vestidas de bellas sedas; sus gestos eran ritmos, y sus aspectos armónicos encantaban.

Al hablar, su lenguaje era musical; y si hubiesen sido nueve, habría creído seguramente que eran las musas del sagrado Olimpo. Había en ellas mucha luz y melodía, y atraían como un imán supremo.

Yo me adelanté hacia el grupo mágico, y dije:

—Por vuestra belleza, por vuestro atractivo, ¿seréis acaso los siete pecados capitales, o quizá los siete colores del iris, o las siete virtudes, o las siete estrellas que forman la constelación de la Osa?

—¡No! me contestó la primera. No somos virtudes, ni estrellas, ni colores, ni pecados. Somos siete hijas bastardas del Rey Apolo; siete princesas nacidas en el aire, del seno misterioso de nuestra madre la Lira. ¶

Y adelantándose me dijo además: Yo soy DO. Para ascender al trono de mi madre la sublime Reina, hay siete escalones de oro purísimo. Yo estoy en el primero.

Otra me dijo:

—Mi nombre es RE. Yo estoy en el segundo escalón del trono. Mi estatura es mayor que la de mi hermana DO. Pero la irradiación de nuestros cabellos es la misma.

Otra me dijo:

—Mi nombre es MI. Tengo un par de alas de paloma, y revuelo sobre mis compañeras, desgranando un raudal de oro.

Otra me dijo:

—Mi nombre es FA. Me deslizo entre las cuerdas de las arpas, bajo los arcos de las violas, y hago vibrar los sonoros pechos de los bajos.

Otra me dijo:

—Mi nombre es SOL. Yo ocupo un escalón elevado en el trono de mi madre la Lira. Tengo nombre de astro y resplandezco ciertamente entre el coro de mis hermanas. Para abrir el secreto del trono en la puerta de plata y en la puerta de oro, hay dos llaves misteriosas. Mi hermana FA tiene la una, yo tengo la otra.

Otra me dijo:

—Mi nombre es LA. Penúltima del poema del Sonido. Soy despertadora de los dormidos y titubeantes instrumentos, y la divina y aterciopelada Filomela descansa entre mis senos.

La última estaba silenciosa, yo la dije:

—¡Oh, tú, que estás colocada en el más alto de los escalones de tu madre la Lira! Eres bella, eres buena, fascinadora: deberás tener entonces un nombre suave como una promesa, fino como un trino, claro como un cristal.

Ella me contestó dulcemente:

—SI.

HISTORIA DE LA MUERTE DE SALOMÉ

HISTORIA DE LA MUERTE DE SALOMÉ

La historia a veces no está en lo cierto. La leyenda en ocasiones es verdadera, y las hadas mismas confiesan, en sus intimidades con algunos poetas, que mucho hay falseado en todo lo que se refiere a Mab, a Titania, a Brocelandia, a las sobrenaturales y avasalladoras beldades.

En cuanto a las cosas y sucesos de antiguos tiempos, acontece que dos o más cronistas contemporáneos estén en contradicción. Digo esto, porque quizá habrá quien juzgue falsa la narración que se leerá en seguida, la cual tradujo un sabio sacerdote, mi amigo, de un pergamino hallado en Palestina, y en el que el caso estaba escrito en caracteres de la lengua de Caldea.

*

Salomé, la perla del palacio de Herodes, después del paso lascivo, en el festín famoso, donde bailó una danza al modo romano, con música de arpas y crótalos, llenó de entusiasmo, de regocijo, de locura, al gran rey y a la soberbia concurrencia.

Un mancebo principal deshojó a los pies de la serpentina y fascinadora mujer una guirnalda de rosas frescas. Cayo Menipo, magistrado obeso, borracho y glotón, alzó su copa dorada y cincelada, llena de vino, y la apuró de un solo sorbo. Era una explosión de asombro y de alegría. Entonces fué cuando el Monarca concedió a Salomé, en premio de su triunfo, y a su

ruego, la cabeza de Juan el Bautista. Y Jehová soltó un relámpago de cólera divina.

Una tradición asegura que la muerte de Salomé acaeció en un lago helado, donde los hielos le cortaron el cuello.

No fué así; fué de esta manera: III

Después que hubo pasado el festín, sintió cansancio la princesa encantadora y cruel. Dirigióse a su alcoba, donde estaba su lecho, un gran lecho de marfil, que sostenían sobre sus hombros cuatro leones de plata. Dos negras de Etiopía, jóvenes y risueñas, le desciñeron su ropaje y desnuda saltó Salomé al lugar de reposo, y quedó blanca y mágicamente, sobre una tela de púrpura, que hacía resaltar la armonía de sus formas.

Sonriente, y mientras sentía un blando soplo de flabelos, contemplaba, no lejos de ella, la cabeza pálida de Juan, que, en un plato áureo, estaba colocada sobre un trípode. De pronto, sufriendo extraña sofocación, ordenó que se le quitasen las ajorcas y brazaletes de los tobillos y de los brazos.

Fué obedecida. Llevaba al cuello, a guisa de collar, una serpiente de oro, símbolo del tiempo, y cuyos ojos eran dos rubíes sangrientos y brillantes.

Era su joya favorita; regalo de un pretor, que la había adquirido de un artífice romano.

Al querérsela arrancar, experimentó Salomé un súbito terror: la víbora se agitaba como si estuviera viva sobre la piel, y a cada instante apretaba más y más su fino anillo constrictor de escamas de metal. Las esclavas espantadas, inmóviles, semejaban estatuas de piedra. Repentinamente lanzaron un grito. La cabeza trágica de Salomé, la regia danzarina, rodó del lecho hasta los pies del trípode, donde estaba, triste y lívida, la del precursor de Jesús; y al lado del cuerpo, en el lecho de marfil, sobre la púrpura, quedó enroscada la serpiente de oro.

II

NOTAS LITERARIAS

LA TIERRA DE QUETZAL

LA TIERRA DEL QUETZAL

(Artículo póstumo inconcluso)

De la tierra del Aguila, en donde Thanatos, cabalgante y flaca, me dió un susto con su hoz sobre su *carcasse* de caballo, he venido a la tierra del Quetzal, en donde rememorando bellos años de juventud la salud empieza a *alargarme*, el trópico a reencarnarme y la Vida y la Esperanza a sonreirme. ¡Qué diablos! No era hora todavía. Mi misión aún no está concluída, y posiblemente la ampolleta tiene aún bastante arena que dejar caer.

¡La tierra del Quetzal! Ella entre otros acogió a Martí, arrulló a Joaquín Palma, al ecuatoriano Proaño, al español Pujol, al polaco Leonard, almas todas que tuvieron que ver con las gentiles Piérides o con la protectora Athenea.

El Quetzal es pájaro de belleza y de libertad, raro y simbólico, que muere si se le aprisiona o si la gloria irisada de su cola se marchita o daña. El se ostenta en el blasón de esta Guatemala ardiente, pintoresca, brava y generosa. No se le ha hablado dignamente. Tan sólo Joaquín Méndez, en su prosa límpida y comprensiva, le ha dedicado una linda página antológica.

Para mí la tierra Guatemal...

FUGITIVA

FUGITIVA

Pálida como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello obscuro, los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada y el desencanto de muchas ilusiones ya idas... ¡Pobre niña!

Emma se llama. Se casó con el tenor de la compañía, siendo muy joven. La dedicaron a las tablas, cuando su pubertad florecía en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa; y recibió los besos falsos de los amantes fingidos de la comedia. ¿Amaba a su marido? No lo sabía ella misma. Revertas continuas, rivalidades inexplicables de las que pintaría Daudet; la lucha por la vida en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por momentos de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; ¡el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó!; y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

*

A veces está meditabunda. En la noche de la representación es reina, princesa, delfín o hada. Pero bajo el bermellón está la palidez y la melancolía. El espectador ve las formas admirables y firmes, los rizos, el seno que se levanta en armoniosa

curva; lo que no advierte es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un momento, completamente feliz un segundo. Pero la desesperanza está en el fondo de esa delicada y dulce alma. ¡Pobrecita! ¿En qué sueña? No lo podría ya decir. Su aspecto engañaría al mejor observador. ¿Piensa en el país ignorado a dónde irá mañana; en la contrata probable; en el pan de los hijos? Ya la mariposa del amor, al aliento de Psiquis, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ella está, al menos, segura de que no vendrá!

*

¡Oh, tú, llama casi extinguida, pájaro perdido en el enorme bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida; y no sabrás nunca que has tenido cerca un soñador que ha pensado en ti, y ha escrito una página a tu memoria, quizá enamorado de esa palidez de cera, de esa melancolía, de ese encanto de tu rostro enfermizo, de ti, en fin, paloma del país de Bohemia, que no sabes a cuál de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas el día que viene!

EN EL MAR

EN EL MAR

Es un mar de pizarra, con una multitud de florecimientos de nieve: es un mar gris oscuro, con mil puntos en donde estallan copos de espuma.

Vicente Quirós me llamó poeta niño.

No me subleva el adjetivo. Víctor Hugo da ese nombre al formidable anciano Homero.

Pero en el Océano me siento niño. Siento siempre aquella primera impresión de las potentes aguas inmensas, siento lo que tan admirablemente expresó Pierre Loti. Me miro chico y pobre ante tanta riqueza. Una onda me canta la eterna canción de la esperanza, y otra me repite la salmodia misteriosa de la muerte.

Me acuerdo de los tristes poetas, de los pálidos soñadores. Me acuerdo de los que van sobre el mar, de los que tienen su pensamiento y su corazón expuestos a los golpes del ala de la tempestad...

Allá va una nube. ¿A dónde va? Son caprichosas como una mujer, la onda y la nube. A la primera, la increpó el Padre Eterno; a la segunda, el poeta Shakespeare. La tercera es la poliforme errabunda de la región azul.

Se mueve como el corazón esta gran máquina que arrastra el navío. Es un organismo esta casa flotante. Tiene aorta, nervios, pulmones, y allá, en lo alto del mástil, la bandera de las estrellas, la bandera de la libertad!

¡Bendito sea el Dios de los errantes, la Providencia de los viajeros!

¡Bendito sea el que manda a Tobías el arcángel, a Colón los líquenes de América, a Dante la soberbia figura del dulce Virgilio!

A LA ARGENTINA

A LA ARGENTINA

Corazón de América y brazo del futuro americano.

Dueña del sol de Mayo.

Madre de luchadores, patria de corazones.

Tierras en que germinan semillas de porvenir.

Pampa inmensa donde el sol se expande, y los rebaños, el trigo, el avestruz y el pato tienen existencia.

Matrona de bronce que tuviste por sangre y hierro tu libertad.

Fecunda y misteriosa protectora de las razas del mundo, que pones en cada una de ellas tu germen autóctono.

Comodora de la bandera blanca y azul que en la escuadra de América presentas tu sol delante de todas las estrellas.

Gloria y amor a ti, oh, Argentina, patria.

Un galope de pegasos nuevos anunciando triunfos, nació de las naciones latinas, y tus hombres de obra trabajan en siembras de ciudades y de ideas.

Has tenido el talismán que ha ahuyentado la guerra. Has podido oponer al águila yanqui el cóndor.

Y tu bella sangre, ¡oh Argentina! comunica su ritmo al vibrar de todo el continente.

La estatua de la libertad está levantada delante de la ciclópea Nueva York; el simulacro de la vida futura de la América Latina debe levantarse triunfante delante de Buenos Aires.

Como en el crisol el oro, en ti se purifican la sangre y los pensamientos de todos los pueblos.

Como en la pampa el potro, en tu cielo vuela libre el pegaso.
Y la ciudad de los sueños que vienen será Buenos Aires.
Tal lo esperan los hijos de la Visión, tal lo aguardan los
ausentes de la Esperanza, tal lo miran los ciudadanos y los
obreros de la Atlántida.

Gloria por los colores de tu pabellón.

Gloria por la fuerza de tu historia y por San Martín, Bel-
grano y Moreno.

Amor a ti, nación de las naciones de América.

Amor a ti, porque eres nuestra abanderada continental.

Porque en ti alienta la santa vitalidad latina.

Y porque en tus palpitaciones, oh corazón de América!—tanto
como si fuera un ritmo pitagórico—yo creo escuchar la música
del Universo Futuro.

FRAGMENTO

FRAGMENTO

Hay, hijo mío, en esta existencia, para los que nacen con el divino don de los poetas, muchas serias obligaciones que cumplir, muchas graves tareas que llenar. Primero es amar la Lira sobre todas las cosas, pues es regalo de Dios; después, amar el amor y la fe y las rosas y el vino, como el griego Anacreonte y el argentino Guido; coronarse de flores y respetar la gramática; cantar a las hermosas mujeres y ser enemigo de los tontos; tener el arte en su valor supremo y no como asunto de pasatiempo o industria de Moussion; no adular los gustos de la general mediocridad, ni seguir las modas, que tienen la vida de un sombrero de mujer, sino el resplandor del verdadero astro, la religión de la belleza inmortal, la palabra de los escogidos, la barca de oro de los predestinados argonautas. No creas en la gloria que dan los periódicos, ni en elogios de compañeros interesados, ni en las sonrisas que tengas que pagar con aplauso de reciprocidad. No seas *snob*, y con los innovadores y con los estacionarios lo único que debes hacer es tener talento. No debes apagar el entusiasmo, virtud tan valiosa como necesaria; trabaja, aspira, tiende siempre hacia la altura. Y si llegas a viejo, que tu alma esté siempre florida como en su primavera. Y todo lo demás es literatura.

DÍA DE PRIMAVERA

DÍA DE PRIMAVERA

—Cerca del blanco tronco de la haya estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor. Procuraría haceros soñar dulces sueños, y el laúd no tendría para vos sino dulces sonidos.

—Sí—decía ella;—mas esa villa italiana ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres?

Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos.

El crepúsculo inunda con su ténue tinta de melancolía todo el paisaje. El anciano que contempla meditabundo las linfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los mismos niños que juegan cerca de la villa no alcanzan a hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

Nuestra alma a veces contagia con su males el alma de los demás.

DEL AMOR

DEL AMOR

Las mujeres son generalmente coquetas, y los hombres, engañadores; pero es tan dulce a veces verse engañado, que se lo perdonan mutuamente.

*

El amor necesita el misterio, la sombra y el silencio.

*

Nos hemos reído mucho del dicho: "Una cabaña y tu corazón", y es, sin embargo, la primera palabra que el amor hace salir de dos labios amantes.

*

Hay en el amor cierto "sí" que significa "no", y enérgicos "no" que quieren decir "sí".

*

El hombre no ama realmente hasta los 24 años. Antes, adquiere el lenguaje, la experiencia del amor.

*

La mujer es a la vez ~~su~~ principio, ~~su~~ savia y ~~su~~ perfume.

*

La mujer más tonta sabe siempre amar, y el hombre más espiritual será algunas veces un pobre amante.

*

El hombre que no ama es incompleto.

*

El amor es una cosa divina, ennoblece y purifica todo lo que toca.

FILMS DE VIAJE

FILMS DE VIAJE

MÚSICAS NOCTURNAS

—Se nota la falta de los españoles entre los emigrantes. No se oyen las guitarras animadoras, ni las castañuelas; ni se ve danzar la jota, o la seguidilla, con acompañamiento de palmadas y de jaleos.

—Ciertamente, van gentes de otro espíritu y de otras costumbres. Apenas, en esta noche en que brilla la luna, se oye un precario acordeón que toca un vago vals vienés.

Desde la masa humana de tercera sube esa música como con fatiga, y parece que todos escuchan en silencio. Arriba—“e vidi quatro stelle”—brilla la cruz del Sur; y un creciente de luna platea la noche y pone una luz apacible sobre las aguas. El acordeón sigue en un “danubio-azul” interminable. La orquesta ha comenzado sus tocatas al otro lado del barco, en la verandha. Luego, hay un silencio, turbado apenas por el roce de las olas con el casco del vapor. Y en medio de ese silencio, de la masa humana, de los emigrantes, brota un coro sonoro y grave que se diría religioso en la tranquilidad de la poesía nocturna. Son los alemanes. Cantan, con su amor musical, una canción de su país, una de esas canciones que son propias a los hombres del Norte, hombres impregnados del “vapor del arte”, que han vivido cerca de las selvas oscuras, y han oído, cerca de las ruinas de los

castillos en que habitaran los viejos hargraves, cantar sobre los árboles de leyenda, los ruiseñores, lanzan sobre el océano su canto, hijos de la pensativa y melodiosa Germania; y no se sabría decir adónde dirigen el ímpetu armonioso, si a la tierra antigua que dejaron, o a la tierra nueva en donde ven surgir una esperanza.

GERIFALTES DE ISRAEL

En el "parlor" hay cuatro pequeños escritorios. Todos ellos están ocupados desde por la mañana por cuatro pasajeros, en cuyas faces se distingue un signo de raza: se pensaría que son extraídos de la "menagerie" de Drumont.

Cerca, unos cuantos, conversamos.

—Pronuncie usted—dice un francés—en voz alta la palabra "argent", y verá cómo, en seguida, todos cuatro vuelven la cabeza.

—"Parce que l'argent"...—dije en alta voz.

Todas las cuatro cabezas de los hombres que escribían se alzaron, y miraron hacia nuestro grupo. La prueba estaba hecha. Eran cuatro cabezas llenas de salud fuerte, de un rosado subido; aspectos de aves de rapiña, con las narices curvas y los ojos de persecución. Esos comerciantes, esos exploradores de presa, se veía que estaban poseídos por su demonio ancestral, y que antes que en la sinagoga, tenían su culto en la banca, en las casas áureas de Francfort, de Viena, de Berlín, de París, de Londres. Eran cuatro jerifaltes enviados por los grandes aguiluchos y gavilanes de Europa a buscar caza en América.

Y cada cual, en la conversación, expresó su reflexión, o contó su anécdota, o dijo su cuento humorístico. II

—Hay uno muy conocido,—dijo alguien. Una vez, iban en un pequeño barco que llevaba una carga de naranjas, como pasajeros, un negrito y un judío. Sobrevino una fuerte y amenazadora tempestad. Y fué preciso, después de mucho bregar con el tiempo, aligerar la carga. El patrón echó al agua las naranjas. Luego un banquito de madera. Luego al negrito. Luego al israelita. Y sucedió que una vez pasada la tempestad fué pescada en la costa una gran bestia marina. Y al abrirle

el vientre, se encontró al judío, sentado en el banquito, y vendiendo las naranjas al negro. III

—A la verdad, estas gentes fueron obligadas por la necesidad a hacer que se cumpliesen las profecías y que Israel fuese dueño del mundo, con todo y ser abominado y perseguido. Se les miró peor que a los leprosos, se les abominó, se les echó en todas partes, se les condenó al gheto, a la esclavitud, y aun a la hoguera. Se les prohibió la tierra. Ellos encontraron entonces su campo en el dinero; fueron avaros y hábiles, y Shylock afiló su indestructible cuchillo. Y a medida que la civilización ha ido avanzando, el poderío de esa raza maldecida, pero activa y temible, se ha ido aumentando, a medida que ha ido en crecimiento la rebusca del oro, la omnipotencia del capital, y la creación de una aristocracia cosmopolita, de universal influencia, cuyos pergaminos son cheques, y cuya supremacía ha invadido todas las alturas, halagando todos los apetitos. He ahí la obra de los halcones de Manmón, de los gerifaltes de Israel. III

Los cuatro israelitas se habían levantado, y habían dejado, en signo de posesión, sus cartapacios sobre las mesas de escribir. Se paseaban fumando gruesos cigarros, hablando en voz alta, haciendo grandes gestos y ademanes, y caminando a zancadas, con sus largos y anchos pies. Y había en ellos una animalidad maligna y agresiva.

LOS CAPRICHOS DEL SOL

El prodigio, siempre renovado es el de las arquitecturas de oro, de las ciudades fabulosas, de las visiones del encantamiento que forma el capricho de los ponientes sobre el horizonte oceánico. Tiros, Heliópolis de fuego, Ecbatanas de maravilla, surgen en el decorado de mil tintes y matices que el sol extiende sobre el cielo vespertino. No es el diálogo entre Hamlet y Polonio; en realidad vemos aparecer fantásticas figuras, monstruos, aves colosales, palacios anaranjados, escalas firmamentales como de plata viva, creaciones de un Pivaneso en delirio, de un Turner exacerbado; ríos de topacio entre rocas de carmín y arboledas brumosas y azuladas. Y cien triunfos de color y cien rompimientos, y cien aguas de perla, de metal, de pedrería, se presentan a nuestra vista, para cambiar en seguida, para transfor-

marse, como bajo el capricho de una luminosa fantasía. El espectáculo está en nosotros, desde luego; pero también fuera de nosotros; y si cada cual lo mira conforme con su poder ideal y su mayor o menor frecuencia del ensueño, la voluntad inmensa que domina el acaso y que no cuenta con nosotros, crea, combina para el instante en lo infinito.

MONOTONÍA DEL MAR

Y otra vez. Monotonía de las travesías; de las gentes, siempre las mismas, hombres de negocios, viajeros de sus aburrimientos, apacibles mamás, inglesas tiesas, coquetas, cocotas. Y en los amontonamientos de la tercera clase, los rebaños de la inmigración, las almas opacas o revueltas de la carne de fatiga, los que van soñando una ilusión de bienestar, un Brasil, un Uruguay, una Argentina de oro. Monotonía de la inmensidad de agua que cambia a cada instante, permaneciendo la misma. Los colores de los cristales del Océano son ya más oscuros, más brillantes, más transparentes; mas siempre es el eterno espectáculo de esta divinidad visible y móvil que llega a fatigar con su aspecto vasto e invariable. Apenas las fiestas del sol cambian con sus decoraciones inauditas y sus rompimientos de oro y de piedras preciosas, la visión fatigante. Y el corazón de la máquina ritma, también monótonamente, el paso del barco sobre las olas. Y en ninguna parte, como en medio de esta inmensa monotonía, se despiertan en el espíritu dos misteriosos dones del alma, el recuerdo y la esperanza.

LOS BOHEMIOS

Son bohemios de verdad, los que en la tercera clase manchan con los vivos y alegres colores de sus vestidos vistosos la muchedumbre aglomerada de los trabajadores que van en busca de las tierras pingües y generosas. Es una numerosa tribu, que viene quién sabe de dónde y que habla en no sé qué lengua áspera y bárbara, húngaro, búlgaro, algo balcánico. Hay un anciano, muy anciano, que es el jefe, el patriarca. El y los otros

hombres, visten chaquetones oscuros, que tienen por botones profusas y enormes bellotas de plata. Otros llevan camisas rojas, o de telas que se dirían de cortinajes y tapicerías, de colores detonantes. Son fuertes, morenos y velludos. Uno tiene la cara de un chivo, a otro le forma el tupido pelo recortado en redondo, como un capacete de seda espesa y renegrida. Son tipo de procreadores. Las mujeres son fuertes, macizas, de aspectos variados y de cierta belleza. Una, de perfil caucásico, ya de alguna edad, lleva al cuello, y en las dos gordas trenzas que le caen por el pecho, como hasta veinte antiguas onzas de oro de España. Hay otras más jóvenes, hembras que revelan animalidad libre y larga fecundidad. Una se creería sacada de un bajo relieve sensual de ojos fogosos; otra es casi rubia; otra se juzgaría andaluza, y las hay con algo de las razas nórdicas. Pero todas parecen doradas por el sol, cuyo retiro van buscando los cosroitas; todos traen a la memoria cuentos de mal de ojo y de buena ventura, todos hacen recordar versos del Richepin turanio de antaño; todos tienen la pátina del azar, el relente de la vida errabunda, el secreto quizá de la relativa felicidad, parientes de las bestias de los montes y de los pájaros del aire, predilectos de la luz, confidentes del mono, del perro y del oso, amantes del sol y de la libertad. Para comer, tienen un tapiz en que hay simuladas admirablemente hojas de árbol, y allí toman el té de su samovar, con rajas de limón y pan que cortan con sus cuchillos y navajas. Y luego fuman, desde el niño de cuatro años, que parece un duende, hasta el viejo curtido por vientos y soles, que se asemeja a un brujo.

ELOGIO DE LOS GORDOS

Viene a bordo un hombre de una gordura dominante y eminente. Este hombre gordo es comunicativo, conversador, ocurente, amable y de un humor risueño que no varía, ni aún con los calores ecuatoriales. Lo acompaña una dama graciosa y capitosa, cuyos "appas" son de los que siempre alaban con preferencia los poetas que cita en sus narraciones la sutil Schezizada de las "Mil noches y una noche". El gran portugués Eça de Queiroz dice en alguna parte hablando de no recuerdo cuál de sus personajes: "era um gordo, e portanto um prudente".

Quizá la prudencia sea lo que falte a nuestro robusto compañero de navegación, pues a pesar de sus ciento cincuenta kilos, se atreve a danzar sobre cubierta, con su alegre dama y otras gentiles pasajeras. Yo he de decir el elogio de los gordos, porque ellos no dan entrada a la mal aconsejada melancolía. Casi siempre están de buen ánimo y saben el precio de la vida. Ríen de verdad, con risa franca y sabrosa. Gozan de buen apetito y digieren en la paz de su completa satisfacción. Los favorece el sentido común, la tranquilidad y la feliz armonía con los demás hombres. Raro, rarísimo será el gordo suicida. Si Bruto hubiera sido gordo, no habría asesinado a su bienhechor. No lo dice así propiamente Shakespeare; pero recordad los versos del "Julio César". Los sueños y las visiones que perturban el ánimo, no frecuentan a los gordos. Ved al flaco Don Quijote, asaeteado de penas y cuidados, y al gordo Sancho, que sabe aprovechar el paso de la hora y llena el bandullo. Todo flaco pára en lívido y todo lívido en maligno, por causa del mal funcionamiento de la economía corporal; la sana y bienhechora risa huye de los flacos, gentes a quien messer Goster no es propicio y cuyo hígado, órgano ilustre para los orientales, les hace malas bilis y peligrosas cóleras. Rabelais sabía bien todo esto, y en ello pudo extenderse M. Bergeret, maestro de conferencias, cuando su visita a Buenos Aires. El gordo del barco es ameno y afectuoso. Cuenta cuentos picantes; trata a los amigos ocasionales con regocijada confianza; juega a los juegos ingleses; come sandwiches, ríe con convicción y salud. Es un sér feliz. Y por su causa he escrito estas líneas, recordando a los abades conventuales, al noble rey Gambrinus, y a sir John Falstaff, todos ellos de opulenta y rozagante memoria.

DE SOBREMESA

DE SOBREMESA

Nada como pensar después de haber comido. Las ideas no son las hijas del hambre, a pesar de todas las afirmaciones en contrario y de la historia que dice que Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote. De la barriga a la cabeza existe un alambre eficaz y maravilloso.

Los griegos lo entendían perfectamente. Esas brillantes agapas (1) en que dialogaban los filósofos y los poetas tenían por resultado la exposición de los más bellos principios y la creación de los más bellos poemas. Homero se recrea describiendo en su gloriosa obra las grandes comidas épicas: el buey asado, todo entero, los lechones en las anchas fuentes, el apio y el vino. Después de las duras batallas, de los asaltos, de las victorias, viene el festín.

*

En la mesa se espacia el espíritu, se ensancha la imaginación. Antes de llegar al precipicio Borrachera, está el jardín Alegría. Antes de lo ahito está lo satisfecho y con lo satisfecho lo espiritual y lo chispeante. Los diplomáticos, buenos conocedores de la cábala y del ocultismo, toman la ocasión con el tenedor y la descuartizan. Ellos conocen que casi siempre en la espuma del

(1) Véase la Nota única.

champaña, hierve el espíritu de Maquiavelo. De la mesa brota el laurel del triunfo y la flor de la dicha. También la mesa es trágica. Nada más espantoso que el coronado Macbeth con el espectro enfrente.

*

Los vinos tienen su concierto. El cocktail es el ugiar que, vestido de ceremonia ansía el esperado momento. Llega un caballero estirado, correcto, fino, rubio, habla alemán y francés, su carruaje es de cristal verde: este es el vino blanco. El vino tinto es el buen compañero viejo, reconfortante, jovial, caballero francés de nobleza roja; él sabe cuadrillas y galopas y da los besos en plena mejilla, a las mujeres descotadas. El vino tinto es sangre embotellada; va acompañando al guisado, y arrastra su manto de púrpura. Este vino rey que busca las venas y el cerebro, lleva la nota entusiasta en las comidas. La camelia bebe agua, el vergissmeinnicht bebe vino del Rhin, el lirio bebe rocío como la cigarra, la rosa sensual, amada del viejo Anacreonte, bebe vino tinto. El francés ama el vino, como el chino ama el té. El champaña viene después: mujer desnuda y blanca con cabellera de oro. Llega derramando perlas el gentil Buckingham de los vinos, el preferido de los labios rojos, que producen las argentinas carcajadas. El champaña da audacia, vivacidad, lujuria. Damas, cuando bebéis champaña, el famoso caprípide (1) os está haciendo señas bajo el citiso.

*

La canción del champaña enardece la pasión. Cuando el champaña suena sus clarines dorados, se estremecen las murallas de la virginidad. ¿Qué pájaro cristalino y mágico canta en la copa a trino por burbuja? Venus pasa en su concha de nácar impulsada por los locos genios del placer. Un abanico cerca de una copa de champaña es una ala de mariposa cerca de una hoguera de amor. El champaña dirige el cotillón. El ruido del taponazo es la detonación que anuncia la llegada del bello

(1) Véase la Nota única.

príncipe del castillo de marfil. La espuma del champaña es hermana de la espuma del mar: ambas han tocado las candidas piernas de la diosa. En la ponchera está brotando la delicia. Para Sileno el vino, para Gambrino la cerveza, para ti, musa de Beranger, eglantina (1) del boulevard, el licor fogoso, la botella gorda, el vaso semejante a un carquesio, la aristocracia báquica.

*

Entonces apareció un fraile: traía el hábito blanco de nieve, la barba larga, también nevada, un hermoso perro junto con él. Venía de San Bernardo: sacó un frasco y nos ha dado a probar el licor religioso que lleva capucha, el agua de fuego, *vivo y color de luz que brota en la cartuja: tomamos una copa de chartreuse. Luego viene el curazao, al cual la lengua recibe con gusto y el paladar con agradecimiento. El anisete, del país de España; la menta verde. Allí se llevan los sirvientes un pastel hinchado, las fresas tentadoras, ciudadanas de París, la fruta de fin de siglo. Encendemos un cigarro.*

(1) Véase la Nota única.

III

HUMORISMOS

UN SERMÓN

UN SERMÓN

El 1º de Enero de 1901, llegué muy temprano a Roma, y lo primero que hice fué correr a la basílica de San Pedro a prepararme mi lugar para oír el sermón que debía predicar en lengua española, un agustino, de quien se esperaba gran cosa según los periódicos. ¡Ay de mí! creí llegar muy a buen tiempo y he ahí que me encuentro poblada de fieles la sagrada nave. Gentes de todos los lugares, y, principalmente peregrinos de España, Portugal y América, habían madrugado para ir a colocarse lo más cerca posible del orador religioso. Luché, forcejeé; por fin logré colocarme victoriosamente.

Grandes cirios ardían en los altares. El altar mayor resplandecía de oro y de luz con sus soberbias columnas salomónicas. Toda la inmensa basílica estaba llena de un esplendoroso triunfo. De cuando en cuando potentes y profundos estallidos de órgano hacían vibrar de armonía el ambiente oloroso a incienso. El gran púlpito se levantaba suntuoso y monumental, aguardando el momento de que en él resonase la palabra del sacerdote. Pasó el tiempo.

* II

Como un leve murmullo se esparció entre todos los fieles, cuando llegó el ansiado instante. Apareció el agustino, colocada la capucha, con los brazos cruzados. De su cintura ceñida, al

extremo de un rosario de gruesas cuentas colgaba un santocristo de hierro. Arrodillóse enfrente del altar y permaneció como un minuto en oración. Después, despacioso, grave, solemne, subió las gradas de la cátedra. Descubrió su cabeza, cabeza grande, con una bruñida calva de marfil, entre un cerquillo de cabellos canos. Era el fraile de talla más baja que alta, de ojos grandes y relampagueantes. Al pasar, vi su frente un tanto arrugada y en su afeitado rostro las huellas del más riguroso ascetismo. Alzó la mirada a lo alto. Sobre su frente la paloma mística extendía sus alas. Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió a los apóstoles el celeste fuego, se cernía en el augusto y sacro recinto, que la lengua del fraile recibía en su anhelo de suprema purificación, una hostia paradisiaca, en que le infundía el don de elocuencia y fortaleza el divino Paráclito. Fray Pablo de la Anunciación—así el nombre—comenzó a hablar.

II

Dijo las palabras latinas con voz apagada. Después, después no podéis imaginaros nada igual. Pensad en un himno colosal cuya primera soberana armonía comenzase con el fiat del Génesis y acabase con el sublime espanto del Apocalipsis; y apenas os acercaréis a lo que de aquella boca brotó conmoviendo y asombrando. Eran Moisés y su pueblo delante del Sinaí; era la palabra de Jehová en el más imponente de los levíticos; las visiones de los profetas ancianos y las arengas de los jóvenes formidables; eran Saúl endemoniado y el lírico David calmándole a són de arpa; Absalón y su cabellera; los reyes todos y sus triunfos y pompas; y tras el pasmo de las Crónicas, el Dolor en el estercolero, Job el gemebundo.

Después el salmo florido o terrible pasaba junto al proverbio sabio, y el cántico luego, todo manzana y rosa y mirra, de donde hizo volar el orador una bandada de palomas. Truenos fueron con los profetas! Terriblemente visionario con Isaías, con Jeremías lloró; le poseyó el *deus* de Ezequiel; David le dió su fuerza; Oseas su símbolo amargo; Amón, el pastor de Tecua, su amenaza; Sofonías su clamor violento; Aggeo su advertencia, Zacarías su sueño y Malaquías sus "cargas" isaiáticas.

Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza bíblica. La palabra de Fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petri-

ficaba, deleitaba, acariciaba, anonadaba, y en espiral incomparable, se remontaba, kalofónica y extrahumana hasta la cúpula en donde los clarines de plata saludan al Vicario de Cristo en las excelsas victorias pontificales.

Mateo surgió a nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablónos del Maestro, el "predilecto" nos poseyó, y después que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fué Juan el que nos condujo a su Patmos aterrador y visionario; Juan, por la lengua de aquel religioso sublime, el primero de cuantos han predicado la Religión del Mártir de Judea que padeció bajo el imperio de Augusto! Rayo y unción fué la frase cuando pintó los hechos de los mártires, las vidas legendarias de los anacoretas; las cavernas de los hombres pálidos cuyos pies lamía la lengua de los leones del desierto; Pablo el ermitaño, Jerónimo, Pacomio, Hilónon, Antonio, y los mil predicadores y los innumerables cristianos que murieron en las hogueras de los paganos crueles; y entre ellos, como lises cándidos de candidez celeste e intacta, las blancas vírgenes, cuya carne de nieve consumían llamas o despedazaban las fieras y cuya sangre regada en el circo fertilizaba los rosales angélicos en donde florecen las estrellas del Paraíso.

El orador acabó su sermón: "La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén." IV

Al salir, todavía sintiendo en mí la mágica influencia de aquel grandioso fraile, pregunté a un periodista francés, que había ido a la iglesia a tomar apuntes:

—¿Quién es ese prodigio; de dónde viene este admirable Chrysóstomo?

—Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón, me dijo. Tiene cerca de setenta años. Es español. Se llama Fray Pablo de la Anunciación. Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar.

HISTORIA DE UN SOBRETUDO

HISTORIA DE UN SOBRETUDO

Es en el invierno de 1887, en Valparaíso. Por la calle del Cabo hay gran animación. Mucha mujer bonita va por el asfalto de las aceras, cerca de los grandes almacenes, con las manos metidas en los espesos manguitos. Mucho dependiente del comercio, mucho corredor, va que vuela, enfundado en su sobretodo. Hace un frío que muerde hasta los huesos. Los cocheros pasan rápidos, con sus ponchos listados; y con el cigarro en la boca, al abrigo de sus gabanes de pieles, despaciosos, satisfechos, bien enguantados, los señorones, los banqueros de la calle Prat, rentistas obesos, propietarios, jugadores de bolsa. Yo voy tiritando bajo mi chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado que reconoce en mí a un hijo del trópico. Acabo de salir de la casa de mi amigo Poirier, contento, porque ayer tarde he cobrado mi sueldo de *El Herald*, que me ha pagado Enrique Valdés Vergara, un hombrecito firme y terco... Poirier, sonriente, me ha dicho mirándome a través de sus espejuelos de oro: "Mi amigo, lo primero, comprarse un sobretodo!" Ya lo creo. Bien me impulsa a ello la mañana opaca que enturbia un sol perezoso, el vientecillo, el vientecillo que viene del mar, cuyo horizonte está borrado por una tupida bruma gris.

He allí un almacén de ropa hecha. ¿Qué me importa que no lleve mi sobretodo la marca de Pinaud? Yo no soy un Cou-siño, ni un Edwards. Rico almacén. Por todas partes maniqués; unos vestidos como cómicos recién llegados, con ropas

a grandes cuadros vistosos, levitas rabiosas, pantalones desesperantes; otros con macferlanes, levitones, esclavinas. En las enormes estanterías trajes y más trajes, cada cual con su cartoncito numerado. Y cerca de los mostradores, los dependientes, —iguales en todo el mundo—, acursilados, peinaditos, recompuestos, cabezas de peluquero y cuerpos de figurines, reciben a cada comprador con la sonrisa estudiada y la palabra melosa. Desde que entro hago mi elección, y tengo la dicha de que la pieza deseada me siente tan bien como si hubiera sido cortada expresamente por la mejor tijera de Londres. Es un ulster, elegante, pasmoso, triunfal! Yo veo y examino con fruición incomparable su tela gruesa y fina y sus forros de lana a cuadros, al són de los ditirambos que el vendedor repite extendiendo los faldones, acariciando las mangas y procurando infundir en mí la convicción de que esa prenda no es inferior a las que usan el príncipe de Gales o el duque de Moruy... “Y sobre todo, caballero, le cuesta a usted muy barato!”—“Es mía”, contesto con dignidad y placer. “¿Cuánto vale?” “Ochenta y cinco pesos”. ¡Jesucristo!... cerca de la mitad de mi sueldo; pero es demasiado tentadora la obra y demasiado locuaz el dependiente. Además, la perspectiva de estar dentro de pocos instantes el cronista caminando por la calle del Cabo, con un ulster, que humillará a más de un modesto burgués, y que se atraerá la atención de más de una sonrosada porteña... Pago, pido la vuelta, me pongo frente a un gran espejo el ulster, que adquiere mayor valer en compañía de mi sombrero de pelo, y salgo a la calle más orgulloso que el príncipe de un feliz y hermoso cuento.

*

¡Ah, cuál larga sería la narración detallada de las aventuras de aquel sobretodo! El conoció desde el palacio de la Moneda hasta los arrabales de Santiago; él noctambuleó en las invernales noches santiaguesas, cuando las pulmonías estoquean al trasnochador descuidado; él cenó “chez Bruck”, donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas, y donde el mostrador se asemeja a una joya de plata; él conoció de cerca a un gallardo Borbón, a un gran criminal, a una gran trágica; él oyó la voz y vió el rostro del infeliz y esforzado Balmaceda! Al compás de los alegres tamborileos que sobre mesas y cajas hacen las “can-

toras”, él gustó, a són de arpa y guitarra, de las *cuecas* que animan al *roto*, cuando la chicha hierve y provoca en los “potrillos” cristalinos, que pasan de mano en mano. Y cuando el horrible y aterrador cólera morbo envenenaba el país chileno, él vió, en las noches solitarias y trágicas, las carretas de las ambulancias, que iban cargadas de cadáveres. ¡Después, cuántas veces, sobre las olas del Pacífico, contempló, desde la cubierta de un vapor, las trémulas rosas de oro de las admirables constelaciones del Sur! Si el excelente ulster hubiese llevado un diario, se encontrarían en él sus impresiones sobre los pintorescos chalets de Viña del Mar, sobre las lindas mujeres limeñas, sobre la rada del Callao. Él estuvo en Nicaragua; pero de ese país no hubiera escrito nada, porque no quiso conocerle, y pasó allá el tiempo, nostálgico, viviendo de sus recuerdos, encerrado en su baúl. En el Salvador sí salió a la calle y conoció a Menéndez y a Carlos Ezeta. Azorado, como el pájaro al ruido del escopetazo, huyó a Guatemala cuando la explosión del 22 de Junio. Allá volvió a hacer vida de noctámbulo; escuchó a Elisa Zangheri, la artista del drama, y a su amiga Lina Cerne, que canta como un ruiseñor.

Y un día, ¡ay!, su dueño, ingrato, lo regaló.

*

Sí, fuí muy cruel con quien me había acompañado tanto tiempo. Ved la historia. Me visitaba en la ciudad de Pedro de Alvarado un joven amigo de las letras, inteligente, burlón, brillante, insoportable, que adoraba a Antonio de Valbuena, que tenía buenas dotes artísticas, y que se atrajo todas mis antipatías por dos artículos que publicó, uno contra Gutiérrez Nájera y otro contra Francisco Gavidia. El muchacho se llamaba Enrique Gómez Carrillo y tenía costumbre de llegar a mi hotel a alborotarme la bilis con sus juicios atrevidos y romos y sus risitas molestas. Pero yo le quería, y comprendía bien que en él había tela para un buen escritor. Un día llegó y me dijo: “Me voy a París”. “Me alegro. Usted hará más que las recuas de estúpidos que suelen enviar nuestros gobiernos”. Prosiguió el charloteo. Cuando nos despedimos, Enrique iba ya pavoneándose con el ulster de la calle del Cabo.

¡Cómo el tiempo ha cambiado! Valdés Vergara, el “hombrecito firme y terco”, mi director de *El Herald*, murió en la última revolución como un héroe. Él era secretario de la Junta del Congreso, y pereció en el hundimiento del *Cochranne*. Poirier, mi inolvidable Poirier, estaba en Méjico de Ministro de Balma-
ceda, cuando el dictador se suicidó... Valparaíso ha visto el triunfo de los revolucionarios; y quizá el dueño de la tienda de ropa hecha, en donde compré mi sobretodo, que era un excelente francés, está hoy reclamando daños y perjuicios. ¿Y el ulster? Allá voy. ¿Conocéis el nombre del gran poeta Paul Verlaine, el de los *Poemas Saturninos*? Zola, Anatolio France, Julio Lemaitre, son apasionados suyos. Toda la juventud literaria de Francia, ama y respeta al viejo artista. Los decadentes y simbolistas le consultan como a un maestro. France, en su lengua especial, le llama “un salvaje soberbio y magnífico”. Mauricio Barrés, Moreas, visitan en “sus hospitales” al “pobre Lelian”. El joven Gómez Carrillo, el andariego, el muchacho aquel que me daba a todos los diablos, con el tiempo que ha pasado en París ha cambiado del todo. Su criterio estético es ya otro; sus artículos tienen una factura brillante aunque descuidada, alocada; su prosa gusta y da a conocer un buen temperamento artístico. En la gran capital, a donde fué pensionado por el gobierno de su país, procuró conocer de cerca a los literatos jóvenes, y lo consiguió, y se hizo amigo de casi todos, y muchos de ellos le asistieron, en días de enfermedad, al endiablado centro-americano, que a lo más contara 21 años. Pues bien, en una de sus cartas, me escribe Gómez Carrillo esta postdata: “¿Sabe usted a quién le sirve hoy su sobretodo? A Paul Verlaine, al poeta... Yo se lo regalé a Alejandro Sawa,—el prologuista de López Bago, que vive en París—y él se lo dió a Paul Verlaine. ¡Dichoso sobretodo!”

Sí, muy dichoso; pues del poder de un pobre escritor americano, ha ascendido al de un glorioso excéntrico, que, aunque cambie de hospital todos los días, es uno de los más grandes poetas de la Francia.

A POBLA...!

A POBLA...!

El hombre, fatigado, descuidado, con una indumentaria lamentable, está delante de mí. Se aflige, se exalta, maldice su suerte. Yo lo he conocido en Europa. Vivía la vida precaria de los intelectuales pobres y medianos. Hacía, mal que bien, su periodismo. Esperaba su turno para colocar un artículo sin pretensiones, o unos versos honestos en ilustraciones populares de homeopáticos emolumentos. Pero, en fin, vivía, más o menos a dieta, con su familia, porque el infeliz se había casado. Luego, le había dado por las ideas de renovación social, y por hablar mal de los prohombres de la prensa y del congreso... ¡Un desastre! Y un buen día, a fuerza de leer que Buenos Aires es una Jauja, en donde las calles están empedradas con libras esterlinas, y que la gente se hacía millonaria dando conferencias, y que se necesitaban europeos para poblar—gobernar es poblar!—nuestro sujeto dejó a su mujer y a sus hijos y se lanzó a lo desconocido prometedor, sin más bagaje que su disposición para hacer artículos sin pretensiones y versos honestos. Y así desembarcó un día en la gran urbe argentina, inmigrante intelectual, como él decía. Traía algunas vagas recomendaciones, y ellas le hicieron pensar en "l'assiette au beurre", en el empleo público; pero se encontró con que en todas las reparticiones le estaban cerradas las puertas.

—Y ahora quiero volverme a Europa. Llevo ya un año de luchas. No he podido hacer nada. En los diarios no se me

acepta de ninguna manera y esa era mi principal esperanza. ¡Con decirle que estaba mejor allá!

—Señor—le dije—, ¿conoce usted el caso del marqués de Apezteguía? El marqués de Apezteguía era un gran señor español que fué a Cuba en tiempo de la dominación peninsular, hace largos años. Era poseedor de una gran fortuna y procuraba el bien y el mejoramiento de la isla bella a donde fuera a establecer su residencia. Por aquel tiempo se empezaba a escribir mucho sobre asuntos de inmigración. Se decía que para el progreso de la agricultura y de la riqueza cubana en general, lo primero que había que hacer era poblar. Y sobre la necesidad de poblar se escribían sendos editoriales y artículos de colaboración en todos los periódicos habaneros. La propaganda fué firme, y se insistió de manera que el marqués de Apezteguía se contagié del entusiasmo general, y, con sus propios medios de fortuna, hizo llegar de España un buen número de familias andaluzas; pues entonces todo era lo mismo y no se habían probado las excelencias de la inmigración vasca, asturiana, gallega, etcétera. Llegaron a la Habana las referidas familias, y el marqués, para alojarlas, hizo poner carpas, a lo largo de la costa, frente al espléndido y agitado mar de las Antillas.

Los primeros días pasaron en el descanso del viaje. El noble señor hizo distribuir vituallas, y ellas se consumían, regadas por animadores vinillos de la patria. Las guitarras se hacían oír, y el viento marino llevaba en sus soplos ecos de peteneras, de soleares, de malagueñas, y de todo el repertorio de la tierra asoleada y vibrante de Andalucía. Y aquello era alegría perenne y juerga continua. Pasados algunos días, el marqués se dijo que ya habían descansado y se habían divertido lo suficiente sus bulliciosos colonos. Así es que se dirigió a una de las carpas, para hablar con uno de los que hacían cabeza en el grupo inmigrante.

—Fulano—le dijo—me parece que ya es tiempo de que vayan ustedes a hacerse cargo de sus tareas. Tengo dispuesta ya la partida de todos para el campo. A trabajar, pues, a trabajar.

—¿A qué?—dijo asombrado el andaluz.—Pues nosotros no vamos, porque no hemos venido para eso.

—¿Y a qué entonces, hombre de Dios?

—Pues a *poblar*!

No dice la historia lo que resolvería el marqués con aquellas

buenas gentes que habían ido simplemente a poblar. Mas la moraleja del sucedido está clara. Usted, mi excelente señor, ha creído que a la Argentina se viene "a poblar"... Y el caso es que lo que se necesita y se desea son hombres que vengan no solamente a poblar, sino a trabajar. Y a trabajar no en el sentido intelectual, que ya ha producido en la gran capital su considerable proletariado, sino a trabajar las tierras, a hacer producir a la pampa alfalfa y trigo. Jauja existe, pero allá adentro, y hay que contar con el esfuerzo constante, y como en todas las cosas, sobre todo, con la buena suerte. Sí, ya sé que usted me señalará casos de artistas, de escritores, de periodistas y aún de algún poeta, que se han sacado el gordo, que han hallado terreno propicio en esta pródiga república; pero éstas son excepciones y han contado o con talentos singulares o bien con apoyos valiosos que les han abierto el camino del bienestar y aún de la relativa fortuna. Y esos han tenido y tienen que laborar con toda su voluntad y sus potencias, pues la competencia se impone y hay que estar siempre alerta y despierto sobre los laureles conquistados y en el puesto conseguido. Las profesiones liberales... Recuerdo que, cuando yo era secretario de un caballero que dirigía una repartición en Buenos Aires, llegaban abogados y doctores en letras—inmigración intelectual!—a solicitar, muy bien recomendados, aunque fuese un simple empleo de cartero... De éstos ha habido que no han creído absolutamente preciso quedarse en la capital para aumentar la población, poder ir a los teatros y diversiones y ejercer la esgrima financiera. Se han ido a las provincias, a la campaña, han laborado con actividad, echando a un lado diplomas y títulos; se han hecho de arados y sembradoras, y Jauja ha venido a su encuentro... Después han cumplido con el deseo de los andaluces del marqués de Apezteguía, se han dedicado a poblar... A fabricar argentinos para mañana, argentinos que harán nuevos pueblos y nuevas ciudades. Fíjese usted cómo se creyó por largo tiempo que los judíos—a pesar de lo que dicen ciertos pasajes del Talmud—eran incapaces de cultivar la tierra y dedicarse al pastoreo; y gracias al barón Hirsch, se ha demostrado lo contrario en las colonias que ha revelado con tan admirable pluma el talento de Alberto Gerchunoff. ¿Porqué no se va usted a probar fortuna, a hacer lo que han hecho los judíos? ¿Porqué no se hace usted colonizar por el señor Blasco Ibáñez,

ese ilustre almogávar que enseña con el ejemplo la energía y que pospone las letras a más prácticas empresas?... Usted debe tener aspiraciones, puesto que abandonó el nacional cocido y siguió la senda de los conquistadores... Usted ha oído hablar, o ha conocido a los bravos indianos que después de venir en tercera clase y de pasar, como dice usted mismo, las de Caín, han vuelto a su tierra, llenos de millones, y han regalado hospitales, o escuelas, a sus pueblos. Y aunque sean vistos de una manera especial, tienen consigo la bella leyenda del hombre que salió pobre de su terruño y volvió rico de las ciudades fabulosas del otro lado del mar... ¿No le tienta a usted llegar a ser un indiano, y cambiar por pingües acciones y títulos las prosas sin pretensiones y los honestos versos? Yo le aseguro que si Dios no me hubiera llevado por otras vías, y si no fuese ya un poco tarde para empezar... ¿Ha visto usted los últimos versos de Eduardo Talero? Eduardo Talero es un gentil poeta lleno de cordura. ¿Usted cree que no los hay? Los hay, sí, señor. Talero dejó los bullicios y las agitaciones de esta gran capital, que va para muy más allá que todas las Babilonias, y se dedicó a la sana y tranquila existencia rural. ¿Quiere usted oír bellas cosas? Oiga:

...Al bullicio y las pompas renuncié desde entonces
en busca de esta vida sin fanfarrias ni bronces,
que llevo en el desierto, donde ya demagogo
no soy, ni por patrañas jurídicas abogo.
Mi corazón ¡el pobre! averiado del mundo
buscó en este remanso de silencio el profundo
ritmo que modelara la escoria de mis ruinas
en los arcos triunfales de estas bellas colinas;
o al menos, en la curva de una tumba rural
que es, porque no decirlo? postrer arco triunfal.

Aquí soy de mis perros y caballos bienquisto
y aunque huyo de los hombres, me allego a Jesucristo
por este humilde trato con sedientas espinas
y con la cruz joyante de las noches fueguinas.

Aquí, por obra y gracia de la melancolía
me admite en su reinado de luz la fantasía,
y en las hialinas torres del cielo patagón,
miro los signos que hace nuestro azul pabellón;

en los barbechos grises labro mi pan y vino,
o filtro de los vientos el jugo cristalino
para que el sentimiento sus élitros eleve
hasta las soledades piadosas de la nieve...

Y la hermosura lírica continúa siendo al propio tiempo lección y ejemplo de verdadera sabiduría. Dígame usted, señor, si no es tentador ir a formar el hogar como ese poeta, como ese filósofo, que es al mismo tiempo un comprendedor de la vida, ir a formar el hogar en recónditos parajes, en donde la naturaleza es la colaboradora del trabajo, en la producción del bienestar, de la comodidad, de la riqueza. Pero para ello hay que tener voluntad y decisión y olvidar un poco y aún mucho la tinta de imprenta, los halagos de la ciudad, las orillas del Río de la Plata en donde no caben las carpas andaluzas del marqués de Apezteguía... Y así, o se vuelve usted a su tierra vieja, a seguir con las consabidas prosas y los consabidos versos, o se mete, con alma y corazón, tierra adentro, convencido de que ha venido a trabajar, y no "a poblá"...

EL ÚLTIMO PRÓLOGO

EL ÚLTIMO PRÓLOGO

Salía de la redacción de la *Nación* cuando me encontré con un joven, vestido elegantemente, cuidado y airoso, con una bella perla en la finísima corbata y un anillo con rica piedra preciosa.

Me saludó con la mayor corrección y me manifestó que deseaba acompañarme, pues tenía algo importante que decirme. "Este es un joven poeta, un poeta a la moderna", pensé, y acepté gustoso su compañía.

*

—Señor—me dijo—, hace tiempo que deseaba tener una entrevista con usted. Le he buscado por todos los cafés y bares; porque... conociendo su historia y su leyenda... ¿Usted comprende?

—Sí—le contesté—, comprendo perfectamente.

—Y no le he encontrado en ninguno, lo cual es una desilusión. Pero, en fin, le he hallado en la calle, y aprovecho la ocasión para manifestarle todo lo que tenía que decirle.

—¿.....?

—Se trata de la autoridad literaria de usted, de la reputación literaria de usted, que desde hace algún tiempo está usted comprometiendo con eso de los prólogos, de los prólogos en extremo elogiosos, en prosa y en verso. Sí, señor, permítame usted que sea claro y explícito.

El joven hablaba con un tono un poco duro y golpeado, como deben haber hablado los ciudadanos romanos, y como hablan los ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América. Continuó:

—No me refiero a las alabanzas que hace usted a hombres de reconocido valer. Eso se explica y es muy natural, aunque no siempre exista la reciprocidad... qué quiere usted! Me refiero a los líricos e inesperados sermones con que usted nos anuncia de cuando en cuando el descubrimiento de algún ilustre desconocido. Mozos tropicales y no tropicales, ascetas, estetas, que usted nos presenta con la mejor buena voluntad del mundo y que luego le pagan hablando y escribiendo mal de usted... ¿Comprende?... ¿No escribió usted en una ocasión que casi todos los pórticos que había levantado para casas ajenas se les habían derrumbado encima? No; no me haga usted objeciones. Conozco su teoría; las alabanzas, sean de quien sean, no pueden dar talento al que no lo tiene... No hay trovador, de Sipesipe, de Chascomus, de Chichigalpa, que no tenga la frente ceñida de laureles y el corazón henchido de soberbia, con su correspondiente cartica del israelita o del rector consabido. Y todo eso hace daño, señor mío. Y luego llega usted con los prólogos, con los versos laudatorios, escritos, a lo que supongo, quién sabe en qué noches...

Sí, ya sé que usted me hablará de ciertas poesías de Víctor Hugo dirigidas a amigos que hoy nadie sabe quiénes eran, gentes mediocres y aprovechadoras. Ya sé que me hablará también de las "Dedicaces" de Verlaine; ¡pero éste siquiera se desquitaba con las "Invectives"! No; no me hable usted de su generoso sentimiento, de que es preciso estimular a la juventud, de que nadie sabe lo que será más tarde... No, de ninguna manera. No insista en esa caridad intelectual. Le va a su propio pellejo. Fuera de que todos aquellos a quienes estimule y ayude se convertirán en detractores suyos, va usted a crear fama de zonzo! No me interrumpa, le ruego. ¿Y cree usted que hace bien? ¡De ninguna manera! Muchos de estos muchachos desconocidos a quienes usted celebra, malgastan su tiempo y malogran su vida. Se creen poseedores de la llama genial, del "deus", y en vez de dedicarse a otra cosa, en que pudieran ser útiles a su familia o a sí mismos, se lanzan a producir a destajo prosas y versos vanos, inservibles, y sin meollo. Pierden sus energías en algo que extraño a ellos pontifican en adolescencias insensatas, no perciben

ni el ridículo, ni el fracaso: logran algunos formarse una reputación "surfaite". Hay quienes, en el camino reflexionan y siguen el rumbo que les conviene... Son los menos... ¿A cuántos ha hecho usted perjuicios con sus irreflexivos aplausos, tanto en España como en América? Usted se imagina que cualquier barbilampiño entre dos veces que le lleva un manuscrito para el consabido prólogo, o presentación, o alabanza en el periódico, está ungido y señalado por el padre Apolo; que puede llegar mañana a ser un genio, un portento; y porque una vez le resultó con Lugones, ¿cree usted que todos son Lugones? A unos les encuentra usted gracia, a otros fuerza, a todos pasión de arte, vocación para el sacerdocio de las musas... ¿Qué inocente es usted! A menos que no sea un anatolista, un irónico, un perverso, que desea ver cómo se rompe la crisma poética tanto portaguitarra o portaacordeón! Perdóneme usted que sea tan claro, que llame como dice el vulgar proloquio, al pan pan y al vino vino... Y luego insisto en lo que le acabo de decir. ¿Qué saca usted con toda esa buena voluntad y con ser el San Vicente de Paúl de los ripiosos? ¡Enemigos, mi querido señor, enemigos! Yo sé de uno que le levantó la voz y le sitió en su propia casa, y por último ha escrito contra usted porque no encontró suficiente el bombo que usted le daba, y era ya doble bombo!...

¿Que no se fija usted en todo eso, hombre de Dios? Y otro, a quien usted pintara de tan artística manera, y que hoy le alude insultantemente en las gacetas! Y tantos otros más! ¿Que se reconoce usted vocación para el martirio?

¿Insistirá usted en descubrirnos esos tesoros que quiere demostrarnos su buen querer? Reflexione, vuelva sobre sus pasos. No persista en esa bondad que se asemeja mucho a la tontería. Hay prefacios y "dedicace" que le debían dar a usted pena, sobre todo al recordar la manera con que le han correspondido... No digo yo que cuando, en verdad, aparezca un verdadero ingenio, un verdadero poeta, un Marcellus a quien augurar grandezas, no lo haga usted. Suene usted su trompeta, sacuda bien el instrumento lírico. ¡Pero es tan raro! Y corre usted tanto peligro en equivocarse como sus lectores y los que creemos en el juicio y en el buen gusto de usted en tomar gato por liebre. Siquiera se contentase usted con imitar las esquelas huguescas: "Sois un gran espíritu". "Iungamos dextras". "Os saludo". Pero no! Usted se extiende sobre los inesperados valores de los panidas de

tierra fría: usted nos señala promesas que no se cumplen: usted da el espaldarazo sin pensar si se reúnen todas las condiciones de la caballería... cuando tal vez se reúnen demasiado... usted no averigua si el neófito puede pronunciar como se debe el schiboleth sagrado y lo deja entrar no más, a la ciudad de la Fama... No, señor, no.

Es preciso que usted cambie de conducta y cierre la alacena de fáciles profecías. Acuérdesse de lo que le pasó a don Marcelino Menéndez y Pelayo, en la época en que no había quien le pidiera una presentación al público que no se saliera con la suya. Y don Marcelino llegó casi a perder su autoridad; y cuando lo percató cerró la espita prologal... Los que exigen las presentaciones no se contentan sino con que se queme todo el turíbulo... Si usted escatima, o aminora la alabanza, la enemistad o el rencor aparecerán más pronto. Así, ¿cuántos malos ratos no ha dado a usted su inagotable complacencia en encontrar con que se echa usted de malquerientes a los malquerientes de la persona loada?... Pero ninguno será peor para usted, con lengua y pluma, que aquel a quien haya hecho el servicio intelectual... No me haga observación ninguna, que aquí estamos bien enterados... ¿Cuántos pórticos, prólogos, prefacios, retratos y presentaciones ha escrito usted, vamos a ver? Cuente usted con los dedos y dígame cuántos amigos leales le quedan, si le queda alguno entre todos los favoritos... Sí, claro que hay excepciones. Mas, después de todo ¿valía la pena exponerse a esos resultados?... Y es tiempo ya de concluir con ese peligroso altruísmo. Créame usted, hágalo así... Eso deseamos muchos. Ya nos lo agradecerá.

El joven no me había dejado responder nada, bajo el alud de sus palabras. Habíamos llegado a la puerta de mi hotel. Le tendí la mano para despedirme. Pero él me dijo:—"Permítame un momento. Deseo pedirle un pequeño servicio".—Y sacó un rollo de manuscritos y me lo entregó.

—¿Qué deseaba usted?—le interrogué.

Y él, decidido y halagador:

—Un prólogo.

NOTA

Nota única, *De sobremesa*, pg. 89

Agapa, caprípede.

Distan cronológicamente tanto algunos de los trabajos que aparecen en este libro que la ortografía, de suyo mudable, tiene que variar en ellos.

He hecho una labor detenida, sin llegar a las paciencias de un anticuario, para evitar en lo posible la cacografía. Algo, no obstante, debe y tiene que escaparse.

Exprofeso he respetado *agapa*, breve y femenina, y *caprípede*, ambas así escritas en este artículo (*De sobremesa*), según aparece en *La Habana Elegante* del 7 de diciembre de 1890, de donde lo he tomado.

No sé en qué principio de gramática se apoyó Rubén Darío para escribir *agapa*. Tal vez en alguna añeja grafía como la que copio a continuación, del Diccionario Francés-Español de Vicente Salvá, Garnier, París, 1858:

AGAPE, f. *agáp*. Hist. Agapa, comida de los primeros cristianos en las iglesias.

AGAPA, f. *agâpa*. Agape, repas que les premiers chrétiens faisaient dans les églises.

Si en *De sobremesa* Darío escribe *caprípede*, en *Palimpsesto*, páginas anteriores, usa *caprípedo*, como en otros lugares de su producción.

Bien visto, por la misma razón que escribimos *antípoda*, debía ser *caprípeda*, y no *caprípede* ni *caprípedo*.

Antípoda, definido como adjetivo, sin más, por el último Diccionario de la Academia Española de la Lengua, parece neu-

en la pág. 90. po errata capripide

tro. Pero usado como sustantivo y en plural, resulta forzosa-
mente común: los pueblos antípodas, las razas antípodas.

En cuanto a caprípeda, la Academia cambia de criterio. Para
un adjetivo que expresa la sola idea de pies de cabra, prescribe
dos terminaciones, y ninguna congrua: caprípede, caprípedo.

La adopción de una desinencia etimológica única para todos
los casos iguales, habría bastado para resolver la cuestión.

Si la Academia hubiera acordado registrar caprípeda, sale
más airosa. Y de conformidad con sus propios mandatos. (*Re-
glas del género de los nombres, por sus terminaciones, Gramática,*
pg. 6, ed. de 1917.)

Englantina, eglantina.

¿Qué razón tuvo Rubén Darío para escribir englantina y no
eglantina? En más de un pasaje estampó esta palabra con la
ene antieufónica sin que exista a mi ver causa fonética ni de
origen que lo justifique.

La misma palabra que motiva estos renglones tenía la ene
supérflua que fué testada por mí.

Después, en *Ritmos íntimos (Canto a la Argentina y otros
poemas, Biblioteca Corona, 1914)* dijo:

Sé apasionada y sé fina,
parecida a la englantina.

Se repite asimismo en la inserción de *Muy antiguo y muy
moderno*, tomo II de las *Obras completas, Biblioteca Corona,*
1915.

La eglantina es la flor del rosal silvestre, escaramujo, zarza-
perruna o agabanzo, y también agavanzo y agavanza, llamada en
castellano rosa primitiva, silvestre, canina, y agavanzo por Roque
Barcia.

Eglantina es una bella traducción del francés. Es—y aquí
traduzco yo—la flor del eglantero.

Ramón Domínguez en su *Diccionario Francés-Español*, to-
mo I, dice:

Eglantier, s. m. *e-glan-ti-e*. Agabanzo, rosal silvestre o es-
caramujo, género de plantas rosáceas, fundado sobre un árbol
fructífero (*sic*), defendido por espinas fuertes y corvas, que

crece en los bosques, en las orillas de los caminos y en las cercas
y vallados.

Y Larousse trae:

Eglantier s. m.—Bot. Nombre vulgar de la rosa silvestre.

El eglantero produce la eglantina:

Eglantine, s. f. *e-glan-tin*. Agabanzo, flor del arbusto de este
nombre; es símbolo de la poesía. (Domínguez)

Eglantine s. f. (*e-glan-ti-ne*, rad. eglantier) Bot. Flor del
eglantero. (Larousse)

El empleo de la palabra sin la ene cacofónica usada por Darío
está autorizado en español hace algún tiempo.

El cuento *La eglantina* de Catulle Mendès apareció traducido
en *El Gato Negro*, Barcelona, España, del 10 de diciembre de
1898. Y de él copio:

De repente, mientras está asomada a la ventana, el viento le
arrebata de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, a la que
está atada una cinta; roba la flor, la deja caer en el río y se
sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras
sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los sauces,
y una pintada mariposa, posándose sobre ella en un continuo
aleteo, parte para un largo viaje.

Gastón F. Deligne, en *Galaripsos* inserta una traducción del
Soneto de Marta Dupuy, del cual dice un terceto:

Vengo a vos, vengo a vos: ya sabéis que a menudo
del rosal agabanzo, si lesiona la espina,
es la culpa del dedo más que de la eglantina.

Más adelante, en la composición original *A. S. M., la Reina
Carmelita I*, repite:

Majestad! porta-eglantina!

Y finalmente, Leopoldo Lugones en *La multiflora* escribe:

Humilde eglantina
que en las ramas sesgas,
temblando te arrisgas
detrás de tu espina.

¿Débese mantener la ortografía de Rubén Darío?

ÍNDICE

INDICE

	<i>Páginas</i>
Breves palabras	7

I

CUENTOS

El árbol del rey David	17
El cuento de las tres reinas magas	21
Palimpsesto	27
La admirable ocurrencia de Farrals.	33
Febea	39
Las siete bastardas de Apolo.	43
Historia de la muerte de Salomé.	47

II

NOTAS LITERARIAS

La tierra del quetzal.	53
Fugitiva	57
En el mar.	61
A la Argentina	65

	<i>Páginas</i>
Fragmento	69
Día de primavera	73
Del amor	77
Films de viaje	81
I Músicas nocturnas.	81
II Gerifaltes de Israel	82
III Los caprichos del sol.	83
IV Monotonía del mar	84
V Los bohemios	84
VI Elogio de los gordos.	85
De sobremesa.	89

III

HUMORISMOS

Un sermón	97
Historia de un sobretodo	103
A poblá...!	109
El último prólogo	117
Nota única	123
Índice	129
Colofón.	131

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA
 "EL SIGLO XX"
 Y BAJO LA DIRECCIÓN DEL
 SR. AURELIO MIRANDA
 TERMINÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO
 EL 22 DE ABRIL DE
 1921

[Blank yellowed paper insert]

PQ7519
.D3
A6
v.2

31955

CAP

AUTOR

DARIO, Rubén

TITULO

Rubén Dario, tributo de Cuba

FECHA DE
VENCIMIENTO

a su memoria.

NOMBRE DEL LECTOR

[Blank white paper insert]

OBRAS DE REGINO E. BOTI

"Rumbo a Jauco".

"Prosas emotivas".

"Guillermón". - Notas biográficas del General Guillermo Moncada.

"Guantánamo". - Breves apuntes acerca de los orígenes de esta ciudad.

"La Lira Cubana". - Compilación de cantos populares, de autores antiguos y contemporáneos.

"Arabescos mentales". - (Poemas).

"El 24 de Febrero de 1895". - Exposición crítica de los más importantes estudios publicados hasta hoy sobre la fijación histórica del grito de independencia (1918), inédita.

"El mar y la montaña" (versos), inédita.